

Los Santos Evangelios

Del Pentateuco de Moisés saltamos ahora a los Santos Evangelios, a los que dedicaremos las siguientes Hojitas de Fe. Y empezamos con una introducción que nos facilite las primeras nociones sobre los mismos, antes de examinar por separado cada uno de los cuatro Evangelios inspirados.

1º Significado de la palabra «Evangelio».

La palabra «*Evangelio*» es de origen griego, y deriva del adverbio *εὖ*, «bien», y del verbo *αγγέλλω*, «yo anuncio»; significa, por lo tanto, *comunicar una buena noticia, una buena nueva*.

*1º En la pluma de los **escritores sagrados** designa la Buena Nueva por excelencia, la de la Redención traída por Nuestro Señor Jesucristo a la humanidad culpable. Por esta Buena Nueva se designa, ya el misterio de nuestra reconciliación con Dios realizada por Cristo, ya las promesas que nos trajo Nuestro Señor Jesucristo, ya también, por extensión, la enseñanza del Salvador.*

*2º En el **lenguaje eclesiástico** se aplicó muy pronto, por metonimia, a los libros mismos en que esta Buena Nueva y esta doctrina fueron consignadas. Los Latinos siguieron a los Griegos, y de este modo la palabra *Evangelio* y las expresiones que se derivan de ella han pasado a nuestros idiomas modernos.*

Así, pues, podemos definir los Evangelios como *los libros inspirados y aprobados como tales por la Iglesia, que narran el origen, los hechos, los dichos, los padecimientos y la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo*.

2º Número, orden, autenticidad y canonicidad de los Evangelios.

ORÍGENES, representante de la Iglesia de Alejandría, hablaba así sobre los Evangelios:

«He aprendido de la Tradición lo que concierne a los cuatro Evangelios, los únicos que son admitidos sin controversia por toda la Iglesia de Dios que está debajo del cielo. Esto es lo que he aprendido: que el primer Evangelio fue escrito por Mateo, que antes fue publicano y después Apóstol de Cristo, el cual, habiéndolo escrito en hebreo, lo publicó para los Judíos convertidos a la fe. He aprendido que el segundo es el Evangelio de Marcos, que lo escribió como Pedro se lo había narrado... El tercero

es el de Lucas, alabado por Pablo y escrito en gracia de los Gentiles convertidos. El último, finalmente, es el de Juan... Muchos se han esforzado en escribir evangelios, pero no todos han sido recibidos... Entre ellos, los que nosotros poseemos han sido escogidos y dados a la Iglesia por la Tradición... La Iglesia sólo tiene cuatro Evangelios, mientras que la herejía posee muchos de ellos...».

Por su parte SAN IRENEO, discípulo de San Policarpo –que lo fue de San Juan Evangelista–, nos da, como representante de la Iglesia de Occidente, un testimonio no menos claro:

«Mateo escribió entre los Hebreos el Evangelio en su misma lengua... Marcos, discípulo e intérprete de San Pedro, también escribió lo que había sido predicado por Pedro. Lucas, compañero de Pablo, consignó a su vez por escrito el Evangelio predicado por éste. Finalmente Juan, discípulo del Señor, que reposó su cabeza sobre el pecho del Señor, publicó también un Evangelio cuando estaba en Efeso de Asia... Es tan grande la firmeza respecto a estos cuatro Evangelios, que los mismos herejes rinden testimonio en su favor, y cada uno busca reforzar su doctrina con aquéllos... Los Evangelios, por consiguiente, no son en número más que cuatro, ni más ni menos... Siendo así las cosas, deben llamarse locos, ignorantes y atrevidos todos aquellos que gastan la forma del Evangelio, e indican ya sea más formas, ya menos que las señaladas.»

Por estos testimonios de los Santos Padres y escritores antiguos vemos que son verdades incontestadas para la Iglesia:

1º El número de los Evangelios. Los Evangelios son al número de cuatro. Es totalmente cierto que, hacia finales del siglo II, menos de cien años después de la muerte del apóstol San Juan, la Iglesia admitía en todas partes nuestros cuatro Evangelios como auténticos y canónicos: *«Hay cuatro Evangelios, ni más ni menos»*, decía SAN IRENEO. Pero, a la verdad, según San Agustín, estos cuatro Evangelios son en realidad las cuatro formas distintas del verdadero y único Evangelio de Jesucristo. A estas formas literarias la tradición artística ha aplicado la representación simbólica de los cuatro animales de la visión de Ezequiel (Ez. 1 10) y del trono de Dios en el Apocalipsis (Apoc. 4 7): el hombre, el león, el toro y el águila.

2º El orden de los Evangelios. El orden de los Evangelios, tal como lo conocemos actualmente –Mateo, Marcos, Lucas y Juan–, es un *orden cronológico*: esto es, indica el orden de tiempo según el cual fueron publicados.

3º La autenticidad de los Evangelios. La Tradición cristiana atribuyó siempre los cuatro Evangelios a los cuatro autores cuyo nombre llevan: San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan. Por esto se los encabezaba con la fórmula *«Santo Evangelio de Jesucristo según...»*, variando sólo el nombre del autor. Para los primeros cristianos, esta fórmula les indicaba también, como acabamos de decir, que sólo existía un Evangelio, el de Nuestro Señor Jesucristo, pero en cuatro versiones distintas y complementarias.

4º La canonicidad de los Evangelios. Estos cuatro Evangelios siempre fueron reconocidos por la Iglesia como *canónicos*, esto es, como formando parte del Sagrado Canon –y por consiguiente como *normativos* de la fe y de las costumbres– por el hecho de estar inspirados por el Espíritu Santo.

3º Origen de los Evangelios.

Los Evangelios tuvieron indudablemente un *comienzo oral*, ya que los Apóstoles no recibieron de Cristo el mandato de escribir, sino sólo el de anunciar a las gentes lo que habían visto y oído (Mt. 10 27; 28 19). Por lo tanto, comenzaron por transmitirlo de viva voz. Desde el día de Pentecostés, los Apóstoles cumplieron este deber de la predicación, hasta el punto de instituir el diaconado cuando vieron que su oficio de predicar se veía impedido por las necesidades materiales: «*No es justo que nosotros descuidemos la palabra de Dios por tener el cuidado de las mesas*» (Act. 6 2). Téngase en cuenta que los auditores de los Apóstoles, formados en un ambiente de cultura oral, no desconfiaban como nosotros de su memoria y de la memoria de los demás. Para ellos, la palabra era más convincente que la escritura, porque consideraban como una garantía viva de la verdad la afirmación de un testigo que ha visto, sabe, y se hace responsable de sus alegaciones.

Así pues, los Apóstoles, que «desde el principio fueron testigos oculares» (Lc. 1 2) «a partir del bautismo de Juan hasta el día de la ascensión» (Act. 1 22), después de ponerse de acuerdo sobre los temas que debían enseñarse, fijaron, para los fines de la predicación y de la enseñanza, un esquema de catequesis sobre las palabras y los hechos de Nuestro Señor Jesucristo, que se ajustaba a moldes fijos, no sólo en los temas principales, sino también en muchos detalles y en su formulación. De este modo el Evangelio oral debió ser predicado con cierta uniformidad, a fin de que la vida y enseñanzas de Nuestro Señor penetraran más fácilmente en el pueblo.

La *fijación escrita* de los Evangelios tuvo lugar algún tiempo después de iniciada la predicación, cuando el evangelio ya había sido predicado intensamente fuera de la región palestinense, y comenzaba a desaparecer la generación de los testigos oculares.

Así, el apóstol SAN MATEO redactó un Evangelio, nuestro primer Sinóptico, en arameo. SAN MARCOS puso por escrito la predicación del apóstol San Pedro, a petición de los cristianos de Roma, como lo afirman Clemente de Alejandría, Eusebio y San Jerónimo. SAN LUCAS, discípulo y compañero de San Pablo, hizo también un relato completo de los acontecimientos y enseñanzas de Nuestro Señor, tal como los había oído predicar al Apóstol de las Gentes. Finalmente, el apóstol SAN JUAN compuso su Evangelio para completar los hechos y enseñanzas consignadas en los Evangelios anteriores.

4º Plena historicidad de los Evangelios.

Los *racionalistas*, basándose en el postulado de la imposibilidad de los milagros, y atrincherándose en los imaginarios «*problema*» *sinóptico* –divergencias de los tres primeros Evangelios entre sí– y «*problema*» *joánico* –divergencias del Jesús de San Juan con el Jesús de los Sinópticos–, negaron a los Evangelios toda historicidad, relegándolos al mundo de los mitos o de las parábolas aleccionadoras, o despojándolos de todo lo que supere lo puramente humano.

Así, afirmaron: • que el Evangelio de San Mateo, por su fin apologético, idealizó los discursos y hechos de Cristo, para obligarlos a corresponder con los vaticinios del

Antiguo Testamento; • que los Evangelio de San Marcos y de San Lucas están desprovistos de verdad histórica, porque ni San Marcos ni San Lucas fueron testigos oculares, y escribieron más tarde que San Mateo, por lo que forzosamente hubieron de referir concepciones ajenas a la mente de Cristo.

Los **modernistas**, totalmente impregnados de los postulados racionalistas, trataron de introducir en la exégesis católica la negación del carácter histórico de los Evangelios.

Según ellos: • las parábolas evangélicas las compusieron artificiosamente los mismos evangelistas y los cristianos de la segunda y tercera generación; • en muchas narraciones, los evangelistas refirieron lo que creyeron más provechoso para los lectores, aunque fuese falso; • los Evangelios se acrecentaron con continuas adiciones y correcciones hasta llegar a un canon definitivo, en el que no queda sino un tenue e incierto vestigio de la doctrina de Cristo; • las narraciones de San Juan son más bien una contemplación mística del Evangelio, y así están destituidas de verdad histórica; • el cuarto Evangelio exageró los milagros, no sólo para que aparecieran más extraordinarios, sino también para que fueran más aptos para significar la obra y la gloria del Verbo encarnado.

La Iglesia condenó siempre estos ataques y afirmó, tanto por su Tradición como por su Magisterio, la plena verdad histórica de los hechos y discursos narrados en los Evangelios. Así, pues:

1º Los Evangelios son ante todo **libros históricos**. No importa que sean incompletos, o que tiendan a un fin apologético o doctrinal, o que la selección de los hechos y enseñanzas haya sido realizada en función de ese fin: todo eso no es incompatible con su carácter histórico.

2º Estos libros de historia se emparentan con la **biografía**. No tienen la intención de trazar una fisonomía total del Salvador, pero esta fisonomía se desprende de la exposición de las palabras y de los hechos relatados.

3º Los **orígenes semíticos** de las cuatro narraciones son evidentes, aun en su redacción griega. Estas son unas *copias literarias del Evangelio oral*, puesto que traducen los ritmos orientales, los hábitos de pensamiento y de lenguaje, de los *rabbis* o recitadores. Por eso hay que buscar en la *predicación oral* y en las *leyes de su estilo hablado* la razón de la incomparable variedad que, en el género histórico, constituyen nuestros Evangelios.

4º Nótese que los Evangelios **no han de considerarse sólo como libros históricos**: son históricos, en cuanto sacan sus argumentos de la historia y cuentan hechos realmente sucedidos; pero al mismo tiempo son dogmáticos, en cuanto son libros inspirados que nos entregan la revelación del Verbo encarnado. Y así, yerran quienes acusan de ignorancia a los Evangelistas por haber dejado de relatar muchos hechos, o por saltarse el orden de los hechos, al no exponerlos siempre de manera rigurosamente cronológica.